

José Manuel Mora

Los parias de la modernidad

Inspirado en
Suplicantes de Esquilo



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA

Los parias de la modernidad

José Manuel Mora

Sevilla, 1978

En los últimos años, Mora ha venido desarrollando una corta pero prolífica carrera como autor, dramaturgista, colaborador literario para la sección teatral de *El Cultural* (El Mundo) y profesor en la Escuela Superior de Arte Dramático de Castilla y León. Su obra *Trevélez (Me muerdo de amor)* fue traducida al inglés por Simon Breden y presentada como lectura dramatizada en el Jerwood Theatre Upstairs del Royal Court Theatre de Londres durante su estancia como autor residente en la 19th International Residency for Playwrights en el verano de 2006. *Cancro*, que mereció el Accésit del premio para jóvenes autores Marqués de Bradomín, Madrid, 2003, obtuvo un año antes la mención especial del Jurado del Certamen para Jóvenes Dramaturgos Andaluces Miguel Romero Esteo. La obra fue presentada en el Festival Internacional de Varsovia en el 2005 y estrenada en el Teatro La Capilla de México D.F. en el 2007; Otros textos: *La Bendita Pureza*, finalista Premio Romero Esteo, Sevilla, 2000; *Vértigo*, pieza corta escrita bajo la supervisión de Sarah Kane y estrenada en el Teatro Central de Sevilla como parte del programa Nueve Nuevos Autores Andaluces, Sevilla, 1999, con dirección de Emilio Hernández. *Los Cuerpos Perdidos*, hasta ahora su último texto, obtuvo el XVIII Premio SGAE de Teatro, fue estrenado en la última edición del Festival Internacional de Dramaturgia Europea de Santiago de Chile y acaba de ser presentado como lectura dramatizada en el *Off* del Festival de Teatro de Avignon. Entre su producción destaca *Mi alma en otra parte*, texto seleccionado por el prestigioso festival alemán Berliner Festspiele and Theatertreffen, donde se presentó como lectura dramatizada bajo la dirección de Sebastián Nübling. En septiembre de 2009 *Mi alma en otra parte* fue estrenada en el festival SPIELTRIEBE-3 (Theater Osnabrück, Alemania) con dirección del islandés Thorleifur Arnarsson y en marzo de 2011 en el Centro Dramático Nacional bajo la dirección de Gerardo Vera.

José Manuel Mora

Los parias de la modernidad

Inspirado en *Suplicantes* de Esquilo



© José Manuel Mora

© *De la presente edición:*

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño, maquetación y preimpresión:

Vicente A. Serrano

Cubierta:

Esperanza Santos

I.S.B.N.: 000000

NIPO: 000000

Dep. Legal: M-000000

*Mis más sinceros agradecimientos al autor,
amigo y compañero de aventuras, Jacob Amo.
Sin su ayuda, talento, generosidad, capacidad
crítica de diálogo y amor por la escritura
teatral, este texto no hubiera sido posible.*

*A mi padre, que me enseñó el amor y
respeto por todos los desheredados.*

PERSONAJES

Mujer árabe

Hombre enfermo

Mujer iraní

Marido de la mujer iraní

Mujer albina

Guardia en puesto fronterizo

UNO
PRÓLOGO DEL AUTOR

En una primera lectura del texto ya se nos aparece el gran tema de la obra de Esquilo: *barbarie/civilización*. La permanencia y validez de este tema en el mundo contemporáneo hace posible una contextualización del clásico en situaciones actuales fácilmente reconocibles por el espectador. De ahí precisamente su riqueza y valor. Por lo tanto, no me he enfrentado al texto original con actitud reverencial por el simple hecho de pertenecer al canon clásico de la tradición occidental sino, más bien, por todo aquello que el clásico griego continúa revelando en el siglo XXI. He mantenido el tema *barbarie/civilización* (inherente a la obra de Esquilo) como telón de fondo y he realizado una reescritura inspirada en el original a partir de aquellos conceptos derivados del tema principal que me interesan explorar a la luz de hoy en día (*desarraigo vital y residuo humano*).

Depositar una mirada subjetiva -y al mismo tiempo crítica- sobre el clásico requiere grandes esfuerzos. Para ello he intentado desentrañar la naturaleza del texto original e ir desgranando sus múltiples capas y niveles de significados hasta encontrar algo tan extraño como pueda ser su “esencia”. Digo extraño porque esencia suena a “piedra filosofal” o a “verdad inmutable”. Pues bien, resulta que la “esencia” suele ser algo muy sencillo revestido de complejidad. Algo tan sencillo que sólo algunos -aquellos que han leído, visto y estudiado mucho teatro, o bien algunos espíritus ingeniosos- consiguen ver a vuelapluma. Algo tan sencillo que, para no sentirnos socavados “intelectualmente”, solemos aderezar insuflándole nuestro propio discurso y que tiene como consecuencia la reducción del texto a aquello que justifica nuestro consabido punto de vista.

Me sorprende la *radicalidad* de la propuesta de Esquilo: cincuenta mujeres exigen que el poder escuche sus súplicas amenazándole con un suicidio colectivo. Esto nos da una idea de la situación límite que plantea el autor. He sido lo más fiel posible a esta idea de *radicalidad* desarrollando el drama de algunas mujeres que en el s. XXI no encuentran respuestas a sus súplicas.

El principal problema con el que me encuentro en una primera lectura tiene que ver con la verosimilitud en la decisión que toma el rey de los pelagos de alojar en su país a las suplicantes ante el temor de una posible venganza de los dioses. Aceptar las súplicas supone dañar la nación pero no hacerlo desataría la ira de los que habitan en el Olimpo. Hoy en día ningún país soberano tomaría una decisión así (arriesgar la seguridad de una nación) por temor a los dio-

ses. Este escollo (que parece inevitable al leer el texto desde nuestro presente) nos conduce a un asunto mucho más profundo y complejo, vital en la obra de Esquilo y en toda la tragedia griega: me refiero a *la idea de religiosidad* y al peso de ésta en su obra. No la hemos eliminado del todo. Eso supondría diluir uno de los pilares fundamentales sobre los que se sustenta el conflicto dramático del clásico (sin el temor a los dioses, el rey no alojaría a las suplicantes) y alterar en esencia la idea de justicia de Esquilo. Más bien, hemos tratado de buscar una idea de lo trágico y la religiosidad desde una perspectiva contemporánea.

¿Hasta qué punto es posible hoy en día la idea de acogida y salvación por parte del poderoso? Si el miedo a los dioses ha sido erradicado... ¿Por qué aceptar las súplicas del desarraigado? ¿Se pondría en riesgo la seguridad de un país sólo por hacer justicia y salvar a un grupo de errantes? ¿Y si el pueblo que acoge a sus parias terminara por devorarlos? ¿Y si el padre, finalmente cubierto de honores, terminara sucumbiendo al poder que lo acoge y entregara a sus hijas a la supuesta “sociedad civilizada” como agradecimiento al pueblo que las protege de los bárbaros egipcios? ¿Y si el precio que el paria tuviera que pagar por la salvación fuera sufrir la barbarie del “civilizado”? Todas estas preguntas me llevan a los conceptos de: *transacción*: algo a cambio de algo/ *negociación*/ *intereses creados*.

Esquilo expone su idea de la justicia a través del coro de *Las Euménides*: *el hombre que de voluntad practica la justicia nunca será desdichado; jamás se verá hundido irremisiblemente. Más para el impío cuya audacia no reconoce límites, que desprecia la equidad y confunde todos los derechos, para éste, lo garantizo,*

llegará el día en que obtendrá su merecido. Esta noción idealizada (y transparente) de justicia resultaría hasta cierto punto *näïf* hoy en día (no tenemos nada más que fijarnos en lo acontecido estos últimos meses con el juez Baltasar Garzón). Esta idea nos remite a un viejo debate: ¿debemos mostrar en el teatro la realidad tal como debiera ser o, por el contrario, debemos mostrar sus zonas más crudas y oscuras aunque aquello que mostremos diste del ideal de justicia y llegue a resultar incómodo al espectador de hoy? A partir de los términos: transacción, negociación e intereses creados llegamos a la idea de justicia. Por otro lado, no ha sido mi intención plantear un mero debate de ideas sino ir más allá y ensuciar las ideas con la carnalidad y las emociones más básicas de los parias de la modernidad.

Dice Koltés en *Combate de negro y de perros: a menudo, la gente insignificante quiere algo insignificante, muy simple; pero esa cosa insignificante, la quieren; nada les hará cambiar de idea; y hasta se dejarían matar por ella; e incluso cuando los hubieran matado, incluso muertos, seguirían queriéndola.* En Koltés encontramos una defensa llena de compasión pronunciada desde el amor y el entendimiento profundo por los desarraigados. De su dramaturgia podemos extraer uno de los conceptos sobre los que gravitará la versión de *Las Suplicantes: el desarraigo vital.*

DOS
SÚPLICA MUJER ÁRABE

Es una mujer árabe de tez aceitunada y grandes rasgos la que habla y os dice:

La imagen arranca mucho antes de que el hombre blanco me abordara en la puerta del instituto español de Tánger. Desde el primer instante supe algo así: me desea. Ha viajado hasta aquí porque me desea. Viene del otro lado del mar porque me desea. Algunas chicas percibían su presencia pero no fueron capaces de dar un paso a su encuentro. No es la primera vez que viene. Lo observo: su cuerpo es delgado, sin músculos, parece estar convaleciente, diría casi enfermo, es imberbe, elegante, espigado, sin otra virilidad que la de su sexo. Esto lo sabré luego. Es un hombre porque tiene sexo de hombre: pensé.

(Silencio.)

Hay gente en el mundo que se muere de hambre y yo no hago otra cosa que preocuparme por estar cerca de él. Mientras mi madre limpia el consulado español

escucho las preocupaciones y los dolores de todos sus empleados. Un continuo trasiego de sueños, frustraciones, miserias, chistes, problemas, infidelidades, rencores, odios, envidias, culpas, ausencia de amor, que si no sé qué hacer hoy de comer, que qué caras están las frutas del mercado... y veo los rostros de la gente que tiene amor, que tiene odio, que tiene algo que no se sabe lo que es, ves el rostro de los que sienten un sufrimiento intolerable, de los que siempre quieren llevar la razón, de la que se ha comprado un traje de baño nuevo, la que espera al novio con impaciencia, la que está enganchada al pegamento, de las que venden su cuerpo... y así un día y otro y otro y otro, hasta que me canso y pienso en la gente que se muere de hambre y entonces, en ese momento, quiero salir. Decido salir. Y lo hago pensando en la gente que se muere de hambre pero no se me ocurre otra cosa que quedarme ahí, parada, mirando a mi madre con los guantes de látex que usa cada día para limpiar lo que los demás ensucian mientras sigo pensando en la debilidad del sexo del desconocido español.

(Silencio.)

Quería que fuese él. Había llegado el momento. Mis amigas hablaban de lo que sentían. Mis amigas las españolas. Tenía que ser él. Cursi, que eres una cursi, me decían.

(Silencio.)

No tiene nada que ver con la cursilería. Tiene que ver con una mancha oscura, con mi tristeza, con una tristeza que ya estaba antes de conocerle, con la imposi-

bilidad de mi madre para sonreír, con la perversidad, con el firme deseo de no querer estar en un sitio, con la firme certeza de poder utilizar el deseo del otro para acortar la distancia que separa África de Europa, mi vida del sueño: catorce kilómetros.

(Silencio.)

Mi madre trabaja en el consulado español de Tánger. De esto hace algún tiempo ya. Mi madre limpia el edificio. Mi madre siente una vergüenza de principio por tener que vivir la vida. Su vida. Lo único que recuerdo es el mármol blanco del suelo y a mi madre en cuclillas. Fregando. Mi madre no conoce muchas cosas. Una de ellas: el placer. Esa mañana: niebla. Lo sé porque desde el consulado se podía ver España y ese día España se había borrado. Fatiga. Mi madre en cuclillas. Yo, frente a ella, mirándola, sin decir nada, y un reguero de sangre desde mi interior desde mi slip empapado hasta el mármol blanco del suelo. Nunca en mi vida vi a mi madre fregar tanto. Mi madre se deja las muñecas para que brille el suelo que pisan los españoles. Alguien me dice: ya eres una mujer, ahora tienes que cuidarte de los hombres. Yo seguía mirando a mi madre que fregaba sin levantar la vista del suelo. Ve a que te limpie tu abuela, me dice. Y aquí arranca la imagen: mi madre fregando las manchas de sangre del mármol blanco del consulado español.

(Silencio.)

Mientras mi abuela me limpia, sé que lo haré. Esta niña es muy viva, me dice. Mi abuela: una señora muy arrugada con manos de trabajar en el campo que

siempre le pide al cielo por mi vida mientras me coge dos trenzas justo en el centro de mi cogote. Esta niña es muy viva, decía siempre. La niña iba a hacerlo y, aún hoy, después de los veinte años que envejecí en un sólo día, el día que lo hice, aún hoy: a punto de morir, rodeada de gente a punto de desaparecer, siento que hubiera hecho falta un dique para que el torrente de mi sangre no se desbordase y no entrara en el coche del hombre blanco que ese día, todavía ese día, el día que sangré sobre el mármol del consulado español, seguía esperándome.

(Silencio.)

Y lo hice.

(Silencio.)

Y murió mi abuela. Justo esa tarde, quizá en el momento en el que el hombre blanco y yo más cerca estuvimos, justo en el momento en el que el hombre blanco consuela mi cuerpo después de abandonarlo, mezclado con la sangre, sin temor, disfrutando de la herida sangrante que él mismo ha provocado, justo en ese momento, en el que lloro de consuelo, en familia nunca lloro, justo en ese momento, mi abuela, mi abuela va y se muere, se acabó el robar nolotiles, espidifenes y termagiles en el consulado para su dolor de espalda, se acabó porque ella va y se muere.

(Silencio.)

Lo siguiente que hice fue cortar mis trenzas. El hombre blanco, echado en la cama de la habitación encalada, me mira, todavía está excitado, me llama, voy,

acaricia mi cabeza cortisqueada, llena de pelos pegados al sudor de mi cara y del cuello, me veo desde fuera, tranquila siendo acariciada por el hombre blanco, mira, me dice, y mete sus dedos dentro, primero el corazón, luego el corazón y el índice, añade el anular, el meñique y el pulgar. Primero hay dolor y después ese dolor se asimila, se transforma y es lentamente arrancado hasta hacerme gozar. Me gustas sin trenzas, me dice. Mi abuela ha muerto porque se ha quedado sin ibuprofeno, le digo. El ríe. Sé justamente todo lo que tengo que hacer para que él disfrute.

(Silencio.)

Ya hicimos el pacto. El me quiere. Tiene mucho dinero. Nos va a ayudar. Sé que no me miente. Teme que luego le deje. Me quiere para el resto de su vida. Está enfermo. Está sólo. Sé que no me miente. Ha venido por eso. Ha venido a buscar una jovencita para amar los restos de los pocos días que le quedan. Lo sé. Por eso tiene miedo. Por eso tiembla cuando yo le miro sin pudor. Por eso me dice que sólo quiere hacerlo sin ninguna barrera, sin ningún muro, sin nada que ayude, sin nada que suavice, sin nada que prevenga, quiere hacerlo sin nada que le proteja porque ya no sabe amar sin miedo, en realidad, porque ya tenía miedo antes de acostarse con esa niña tan viva de Tánger, porque es ese miedo, precisamente, el que le hace amar, cruzar catorce kilómetros de mar y buscar una chica que necesite de él para hacer el viaje inverso: catorce kilómetros de huida a cambio de cederle su miedo y una noche sin protección.

(Silencio.)

Quiere hacerlo sin preservativo. Y yo voy y lo hago. Lo hago por mi madre.

(Silencio.)

No podría decir qué fue exactamente lo que hizo que la niña sin abuela y sin trenzas aceptara. Quizá razones que nadie entienda. Quizá la persistencia de la imagen de la sangre en el mármol. El caso es que la niña lo hizo.

(Silencio.)

Le digo: te voy a hacer pasar la noche de amor más hermosa del mundo. Y se corrió en mi boca. ¿Por qué lo has hecho? Pensé que querías, me responde. Después de hacerlo: el sabor agrio en el velo del paladar. Después de hacerlo supe tres cosas: una, que mi abuela había muerto, dos, que mi madre dejaría de limpiar y comeríamos en un restaurante caro, y tres, que a mi tristeza habría que sumarle ahora la suya, la del hombre blanco que viajó catorce kilómetros de mar en busca de una joven viva donde depositar el fruto de la sinrazón de algunos, del castigo del goce ilimitado de otros, de la vergüenza ante la libertad del cuerpo que se impone, según unos; de un exceso de comunicación, según otros; del velo que la sociedad ha ido tejiendo para ocultar fallos de la cabeza y del corazón, según tú, y fruto del deseo de una vida mejor, de la ignorancia, y del firme propósito de salir de un lugar donde no debí nacer, según la niña tan viva que terminó subiendo al coche del hombre blanco.

(Silencio.)

Hay un sentimiento de acero envuelto en un delgado hilo que va de la cabeza al corazón y del corazón al sexo. Pero no era eso lo que yo sentía. Lo que yo sentía era necesidad. Y la necesidad no tiene nada que ver con el corazón. Al menos así me lo enseñaron. Al menos eso decía mi madre.

(Silencio.)

Ahora tengo treinta y cinco años y sida desde los quince. Tengo sida desde el día que mi madre, el hombre blanco, y yo, comimos en el mejor restaurante de Tánger. En silencio. Sólo mi madre abría la boca para preguntar cuánto vale esto y cuánto aquello. Tengo sida desde el día que mi madre me desnudó para golpearme con todas sus fuerzas mientras aullaba diciendo que una perra valía más que su hija deshonrada. Tengo sida desde el día que tres niños desnudos y llenos de moscas me apedrearon diciendo: puta. Tengo sida desde el día que supe que no tenía nada que perder ni nada que ganar. Tengo sida porque tenía motivos. Tengo sida por desear. Tengo sida por bailar sobre cristal. Tengo sida desde que subí al coche del hombre blanco. Tengo sida desde que me vendí para salir. Tengo sida desde que conseguí acortar la distancia de mi sueño. Mi sida mide catorce kilómetros. Tengo sida desde antes de tener sida. Tengo sida.

(Silencio.)

En el ferry, vestida con la ropa que me había dejado el hombre blanco, apoyada en la barandilla de la parte

trasera del barco, crucé los catorce kilómetros que separan África de Europa: mi vida del sueño. El viento me comía parte de la cara. La cara ya había envejecido los veinte años que me separan de la niña. La niña ya tenía sida. El sida, sin ella saberlo, la obligó a cerrar los ojos y pensar:

(Silencio.)

El hombre blanco había decidido amarme. Me había elegido: una noche de amor a cambio de comenzar a perder mi vida. Una noche de amor a cambio de los catorce kilómetros y una cena en un restaurante caro. Una noche de amor a cambio de vivir en España con un hombre blanco. Occidental. Europeo. Enfermo. Solo. Una noche de amor a cambio de una casa. Una noche de amor a cambio de un cuerpo donde depositar su miedo. Al poco tiempo el hombre blanco murió. Nunca más supe de mi madre. Una noche de amor.

(Oscuridad.)

TRES
SÚPLICA HOMBRE ENFERMO

Es un hombre enfermo de SIDA el que habla a la joven a la que acaba de contagiar y dice:

¿Cómo y dónde empezó el dolor? ¿Cómo llegué aquí? ¿Por qué desaparecí de mi mundo antes de desaparecer del todo? ¿Por qué abandoné a mi mujer? ¿Qué diré justo antes de morir? ¿Por qué huí? ¿De dónde viene el miedo al dolor? ¿Cuándo fue la última vez que hice el amor con mi mujer? ¿Cuándo fue la última vez que hablé con mi padre? ¿Alguna vez le dije que a mi manera que lo quiero? ¿Qué quiere decir querer a “tu manera”? ¿Por qué la vida consiste en nacer crecer pensar que has nacido para comerte el mundo que tu padre te dé una hostia a tiempo casarte tener hijos intentar hacer aquello que deseas sufrir comprarte una segunda vivienda cerca del mar esperar preocuparte por tu hija contraer una enfermedad venérea y morir? ¿Por qué siempre pensé que mi padre es incapaz de hacer feliz a mi madre? ¿Por qué no me pesa el dolor de los demás? ¿Por qué a veces no

hay ninguna barrera entre el mundo y yo? ¿Por qué me obligan a poner barreras de plástico al amor? ¿Por qué no somos valientes e intercambiamos fluidos libremente? ¿Por qué a veces queremos que nos acaricien cómo un niño y somos incapaces de pedirlo? ¿Por qué no soporto las caricias después de follar? ¿Por qué huí sin mirar atrás? ¿Por qué todos aquellos enfermos terminales no hacemos un bien por nuestra sociedad y desaparecemos? ¿Por qué no nos ponemos bombas lapas en el vientre y nos inmolamos frente a los bancos? ¿Por qué en Tánger? ¿A qué vine? ¿Por qué con una jovencita? ¿Por qué el cielo encrespado del mar tiene que ver con la resurrección? ¿Por qué el musgo incrustado en la piedra me conmueve? ¿Por qué me senté aquí -en un espacio tan pequeño que sólo hay tiempo para dormir de noche y hacer el amor de día: el espacio suficiente para un hombre y una jovencita- a esperar al fin? ¿Por qué necesito matar a alguien para sentirme más vivo? ¿Por qué quiero llevarme rehenes al más allá? ¿Por qué te elegí a ti? ¿Por qué aceptaste el trato, niña de piel aceitunada? ¿Por qué no me arrepiento de acabar mis días rodeado de belleza?

CUATRO
SÚPLICA MUJER IRANÍ

Un camión deposita un montón de piedras frente a un lugar indeterminado. Es una mujer iraní enterrada hasta el pecho la que mira al cielo y nos dice:

Mírame, llevo horas así. La mayor tortura es la espera. Tengo que inventarme juegos para no volverme loca. El sudor me entra en los ojos y se mezcla con el polvo y la arena. Los abro y los cierro varias veces para evitar el escozor. La vida transcurre en fotogramas. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. El de la barba que hace una línea en el suelo, eliminado. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. El de detrás que se ha agachado a coger una piedra, te he pillado. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. Todos los que tienen el brazo levantado, fuera. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. El juez con la cinta métrica. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. El hombre de la pala. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. La mano sobre el Corán. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin

mover los pies”. Dios eliminado. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. Los ojos de la gente. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. La hormiga que me sube por el cuello. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. La nube que vuela por encima. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. El sudor. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. Mi marido estrechando la mano al juez. “Un, dos, tres, zapatito inglés, sin mover los pies”. Polvo y más polvo.

(Silencio.)

“Un, dos, tres...

El sol eliminado.

Zapatito inglés...

Las mujeres de negro silenciosas.

Sin mover los pies”.

El hombre que se acerca y me cubre con una tela blanca... eliminada.

(Silencio.)

Mi madre siempre me decía que cuando tuviera miedo me imaginara a la gente vestida de boda. Pienso que es arroz en lugar de piedras lo que me van a lanzar. “Nadie hace cosas malas ni se mancha las manos cuando va de boda” dice mi madre. Me han vestido de blanco, obligada otra vez, como aquel día. Nadie te explica las instrucciones de la vida. Un día te despiertas y te dicen que ya tienes 13 años y que eres toda una mujer y que un hombre guapo y fuerte quiere conocerte. Y piensas en un príncipe azul como en los cuentos, alguien que va a protegerte del mundo

sólo con sus brazos. Y es todo tan precipitado que cuando te quieres dar cuenta estás con ese hombre gordo y viejo al lado que ríe y despedaza la carne como una bestia delante de tu familia. Y después todo el mundo te hace regalos y te da consejos y te viste muy guapa para que ese hombre se ponga encima de ti como si fueras otro plato de carne. Y yo deseo con toda mi alma que me trate mal y que me pegue para poder dejarle pero es alguien bueno y trabajador y me acostumbro. Y pasan diez años y envejecemos, él parece que el doble de deprisa que yo y un día me atrevo a decirle que no le quiero, que nunca le he querido, que es un viejo casi 30 años mayor y que me ha comprado con dinero como si fuera un camello. Y él, aún así, no me pega y se ríe diciendo que Dios lo ha querido así y que lo que ha unido Él no lo puede deshacer el hombre. Pero yo cada vez estoy más triste y más triste y pierdo el apetito y estoy cada vez más delgada porque ahora ya no soy una niña de verdad y me siento enterrada en vida. Y un día aparece un hombre que me sonrío y me dice señorita y me escucha cuando le cuento mis problemas y le digo que no está bien, que soy una mujer casada pero él insiste y me escribe cartas de amor. Larguísimas como para empapelar la casa entera y las leo a escondidas, las guardo debajo de una baldosa. Me escribe poemas y me dice que no puede olvidarse de mí y que sueña conmigo y que sólo en mis ojos encuentra la calma. No sé si los poemas son suyos o los copia de algún libro pero a mí cada palabra me devuelve a la vida. “Querida mía, no sé si te merezco pero luché por merecerte. Estar a tu lado es

un regalo que no deberías dar a cualquiera. Vente conmigo, escápate de esa cárcel. Te ofrezco mil años de amor en este beso que te entrego desde el fondo de mi corazón. Siempre tuyo, Ahmed”.

(Silencio.)

Muchas veces yo también le escribía cartas pero no las terminaba o las rompía y sólo algunas se las enviaba: “Es triste estar lejos el uno del otro, amor mío, pero debemos mantener firme la ilusión de que todo esto es momentáneo, que algún día mis besos podrán cubrir tu boca y decirte muy de cerca cuánto te echo de menos. Abraza esta carta, cierra los ojos y piensa en mí”.

(Silencio.)

Y desde que le conocí volví a comer y estaba menos triste. Mi marido dice que Dios le ha escuchado y me ha insuflado su luz. Y llega un día en que las cartas no están y espero que me grite y que esta vez sí me dé una buena paliza. Pero se queda callado. Y yo sé que él lo sabe y él sabe que yo lo sé pero no dice nada. Come la sopa en silencio y me mira. Y eso da más miedo aún. Creo que esa noche va a matarme o algo parecido pero no hace nada y pasan los días. Y una mañana llaman a la puerta y abre mi marido: “¿vive aquí la zorra adúltera? Dice un guardia. “Oiga un respeto que es mi esposa”, responde mi marido, y tras un silencio: “pasen, está en su habitación”. “Dios es grande” responden los policías y mi marido: “Dios es grande” también. Y me cogen del pelo y me escupen y me ponen unas esposas mientras me dicen “no sabes res-

petar a tu marido. Has de pagar por ello”. Mi marido ni siquiera mira. Lloro en silencio y sigue viendo en la tele una de esas series con risas enlatadas o un discurso del presidente, creo. Y me sacan a empujones y gritan lo que dicen que soy para que se enteren los vecinos y me meten presa y pasan meses y les dicen a mis hijos que he muerto y cada día en la cárcel me recuerdan lo que he hecho y a veces me arrepiento porque mi marido es bueno y no se merece que me escriba con otros hombres. Otras veces pienso que no he hecho nada malo.

(Silencio.)

Después de interrogatorios para esclarecer los hechos, según sus palabras, o torturas para castigarme, según las mías, me dicen que no me preocupe, que tendré un juicio justo y que si tengo suerte y el hombre de las cartas confiesa que lo hizo sin mi consentimiento y bajo la ignorancia de mi estado civil, recibiré sólo 40 latigazos y podré volver a casa. Mi abogado dice que me despida de los míos en el juicio, que aproveche para abrazar a mis hijos por última vez pero yo confío en que él vendrá y me salvará. Y llega el día del juicio y me extraña que llegue tarde, que él no venga a salvarme. Teherán a estas horas tiene un tráfico imposible, le digo a mi abogado, y él me sonríe y me dice “tus hijos, tus hijos” y les veo allí vestidos como para ir de fiesta, muy bien peinados, con camisa blanca y pantalón corto y me dan ganas de lanzarme hacia ellos y comérmelos a besos pero me resisto y me digo que si me despido no volveré a verles y les hago un gesto

con la mano y empiezan a saltar y a decir mamá y empiezo a llorar pero no pienso despedirme porque voy a volver a verlos muy pronto.

(Silencio.)

Él vendrá, me lo decía en las cartas: “siempre te acompañaré como el cielo a las estrellas” y de repente se entreabre la puerta y me da un vuelco al corazón. Nadie confiaba en que viniera, menos yo, y aparece un hombre muy trajeado y cuando se acerca veo que es mi marido. Es extraño porque él no tenía que venir (ni tiene traje) y la ley no le obliga a recibir esta humillación en público. Tiene cara de cansado, con su traje nuevo, y me saluda levantando las cejas desde el otro lado de la sala. ¿Por qué se habrá comprado un traje? Y antes de que me quiera dar cuenta entra el juez (yo estoy a punto de decir que falta alguien, que no podemos empezar) y lee los cargos y habla mi abogado y habla el abogado del estado de mi marido y dice que está todo claro, que en este caso, habiendo evidencias físicas, sujetando las cartas, no hace falta alargar el sufrimiento de este pobre hombre (señalando a mi marido que se ha comprado un traje para el juicio) y que la ley de Dios debe cumplirse entre los hombres.

(Silencio.)

Todo el mundo aplaude menos mi marido, incluso mi hijo pequeño se pone de pie y empieza a dar palmas en medio de la algarabía general, pero su padre le riñe y le sienta otra vez en la silla. No puedo hablar, mi abogado dice algo de contacto físico no probado.

Antes de dictar sentencia le dan la oportunidad de hablar a mi marido que se levanta con su traje (¿será prestado?) y le dice a todo el mundo que el diablo entró en mí, pero que estos niños necesitan de una madre y él de una esposa pero que aceptará lo que diga la ley iraní como buen musulmán. Y entonces se retira el juez. Tengo ganas de gritar pero enseguida vuelve a salir el juez y nos hace levantar y dice muy serio: culpable y se va. Y miro a los niños y me arrepiento de no haberlos abrazado y veo que mi marido les abraza fuerte (¿de dónde habrá sacado el traje?) y me abalanzo hacia ellos pero dos policías me sujetan y me llevan a la salida y me meten en un furgón y ya todo es oscuridad.

(Silencio.)

De repente, un estruendo como una casa que se derrumba, luz, mucha luz y lo veo todo desde arriba, fuera de mi cuerpo:

Una mancha de sangre expandiéndose por la tela blanca.

Todo ha acabado.

Mi marido está sentado, satisfecho, da las gracias al juez y se va a la mezquita.

¿Le dará las gracias al mismo Dios al que yo imploro?

Los niños juegan con las piedras y uno de ellos se mete disimuladamente una pequeña en el bolso.

Los enterradores fuman un cigarro apoyados en la pala.

“No lloverá durante toda la semana. Está la tierra dura como una roca” dice el más joven.

“No sé cómo vamos a sacar este año adelante las cosechas” contesta el otro mayor.

Parece que para ellos el saco de ahí abajo sólo tiene dátiles secos que acaban de recoger.

La gente se dispersa y vuelve a su trabajo o a cenar con su familia.

Ahora ya sólo queda el eco de las piedras.

Como un teatro vacío después de los aplausos.

(Oscuridad.)

CINCO
SÚPLICA MARIDO DE LA MUJER IRANÍ

Es un hombre mayor el que habla delante del cadáver de su esposa y nos dice:

Me he comprado un traje. ¿Has visto? Seguro que ni te has fijado. En el juicio sólo mirabas hacia el suelo. Es el azul con rayas negras que tanto te gustó aquella vez que fuimos al centro comercial. Dijiste que sólo un príncipe podría llevarlo. Y ahora que lo tengo ni siquiera puedes verme. No sé por qué lo hiciste. Todo iba bien. Lo acordamos con tus padres, tuvimos una boda perfecta y dos niños sanos y fuertes.

(Silencio.)

¿No pensaste en ellos? ¿Qué van a hacer ahora sin ti?

(Silencio.)

Les he dicho que Dios te necesitaba y que cuando quisieran podrían subir a la azotea a saludarte. No he podido contarles la verdad y decirles que seguramente no estés allá arriba sino mucho más abajo, lejos de Dios, bajo la tierra. Quizá cuando sean mayores les

cuenta lo que ha pasado. No les diré que eras mala, tan sólo que el diablo te puso a prueba y no supiste superarla. Conocías las leyes, la familia es lo más sagrado.

(Silencio.)

¿Por qué lo hiciste?

(Silencio.)

Sé que estás arrepentida. Lo he visto en tus ojos antes de comenzar. Seguro que pensabas en lo horrible de tus actos y aceptabas este castigo como lo más justo. Me hacías señales con los ojos y ese recuerdo es el que me llevo de ti: cerrando y abriendo los ojos con fuerza como si tus párpados quisieran abrazarme. Yo en todo momento he estado rezando para que te fueras sin sufrimiento. Me he encargado de que se cumpliera la ley cada segundo. El agujero que te han hecho en la tierra era lo suficientemente grande para que no te oprimiera y ni un milímetro de arena te ha llegado por encima de las axilas. Cada piedra ha pasado por mis manos para asegurarme de que eran del tamaño adecuado: “no tan grandes como para matar a la persona de una o dos pedradas, ni tan pequeñas que no puedan calificarse como piedras”. He supervisado la distancia y mi propio hermano ha dibujado la línea que no se debía traspasar. Incluso la sábana para cubrirte estaba suave y recién lavada.

(Silencio.)

¿Por qué lo hiciste?

(Silencio.)

No tendrías que estar aquí llena de polvo. Tendrías que estar en casa. Feliz, como siempre, haciendo la comida y jugando con los niños.

(Silencio.)

Si no hubieras insistido tanto en cambiar las baldosas jamás hubiera pasado esto. Yo sólo quería darte una sorpresa y que cuando volvieras de aquellos días con tu madre pisaras sobre la madera fresca.

“Están todas rotas”.

“Parece que andamos por un campo de minas”.

“Cualquier día nos vamos a partir la cabeza”.

“Salen bichos asquerosos de ahí debajo”.

(Silencio.)

Bichos y cartas perfumadas salieron cuando levantamos las primeras baldosas.

(Silencio.)

He pensado muchas veces que podría haber sido feliz sin enterarme. Hubiéramos seguido unidos y ese secreto quedaría entre Dios y tú. Pero una vez que encontré las cartas no pudo haber marcha atrás.

(Silencio.)

El adulterio es un pecado muy grave. Lo dice la ley: *“aquella mujer que yazca con otro hombre estando casada será castigada públicamente por ofender a Dios”*.

(Silencio.)

Te mentiría si te dijera que no me entraron ganas de matarte, a ti y a él, y de escupiros en la cara para aliviar mi sufrimiento. Pero no puedo quedarme a la vez

sin esposa y sin hermano. Además, él está soltero y tiene toda la vida por delante. Eres tú la que debía pagar el castigo por traicionarme. Mi hermano es sólo un chiquillo inocente de 20 años. Yo quiero que estudie derecho y sea un gran abogado pero a él le tiran más las letras. He leído lo que te escribía, es un gran poeta. Me ha contado con pelos y señales todos vuestros encuentros. Casi me vuelvo loco. He tenido que tirar nuestra cama, no voy a poder dormir allí otra vez.

(Silencio.)

¿Por qué lo hiciste?

(Silencio.)

Yo creía que él te hacía compañía cuando yo no estaba y que por eso te pusiste tan triste cuando le trasladaron de ciudad. ¿En serio te ibas a fugar con él y abandonar a tus hijos? Te agradezco que no lo delataras. Sé que le has protegido y que no has dicho su nombre en ningún momento. A lo mejor lo has hecho porque sabías que nadie te creería o porque tu abogado te aconsejó que eso sólo agravaría la pena.

(Silencio.)

¿Por qué lo hiciste?

(Silencio.)

Los enterradores están esperando. No sabía que te gustaban las cartas. Te escribiré alguna y vendré aquí a leértelas en voz alta. No las esconderé debajo de nada. *(El hombre abraza el cadáver.)* ¿Por qué lo hiciste? *(El hombre se marcha con el traje lleno de sangre. Oscuridad.)*

SEIS
SÚPLICA MUJER ALBINA

Es una mujer albina la que habla con el guardia fronterizo de un país africano y dice:

No somos humanos sino fantasmas. Nunca morimos sino que nos desvanecemos.

(Silencio.)

Dicen que somos débiles y que no valemos para trabajar.

(Silencio.)

Dicen que no somos inteligentes.

(Silencio.)

Dicen que mutilar a un albino trae buena suerte y que violar a una mujer albina cura el sida.

(Silencio.)

Todo eso dicen. No me extraña que usted no me crea. Déjeme pasar y le doy lo que quiera. Me persiguen unos cazatesoros. Llegarán aquí dentro de poco. Cada parte de mi cuerpo tiene un precio:

- 6000 dólares por un brazo.
- 4000 por una mano.
- 3000 por la piel o los huesos.
- 5000 por el corazón.
- 2000 por cada pulmón.
- 7000 por oreja, lengua y nariz.
- 300 por un ojo.
- 1000 los genitales.
- 300 el hígado.
- 400 el riñón.
- 1500 la sangre.

En este país la mayoría vivimos con un dólar al día y hay gente que paga esa fortuna por un trozo de mi cuerpo. Soy un lingote de oro ambulante. Incluso los dedos son valiosos. Los utilizan como amuletos. Pero no todo el mundo nos quiere para lo mismo, depende de la profesión. Por ejemplo, los pescadores utilizan nuestras manos para atraer a los peces, así que nos las deshuesan, muelen los huesos y esparcen el polvo por el lago o el mar. Los mineros, nos usan como una especie de detector de metales. Dicen que allá donde echan nuestras extremidades salen los metales más preciosos. Con los genitales masculinos hacen una pócima sexual tan efectiva como la Viagra. Nuestra sangre la entregan a un brujo para que las transforme en pócimas y amuletos, así, según la creencia, su negocio prosperará. Hacen lo mismo los políticos que creen que al tomarse el brebaje ganaran las elecciones o serán contratados por el Gobierno. En otros países, los que generalmente pagan por nosotros son los pro-

ductores de café y algodón. Ellos siempre acuden al brujo antes de la cosecha.

(Silencio.)

¿Qué necesita usted de mí?

(Silencio.)

Muchas veces las mujeres se amontonan delante de la peluquería cuando me corto el pelo. Al conservar un poco como amuleto creen que el ser amado permanecerá a su lado. Ya lo ve, somos como cerdos, nada se desaprovecha, tréboles de cuatro hojas que todo el mundo codicia. ¿Y sabe lo más increíble? Damos tanta fortuna a la gente que deberíamos ser sagrados. Pero vivos y enteros no valemos nada.

(Silencio.)

¿Qué necesita usted de mí?

(Silencio.)

La gente cree que somos gafes y que les vamos a contagiar la enfermedad. Somos apestados. En la calle, la gente escupe cuando paso. Algunos se tapan la nariz. Si me siento en un autobús, la gente se levanta de mi lado. Incluso mi familia me trata así. Un día fui al cumpleaños de mi primo y me sentí feliz con el resto de niños. Salimos a jugar y cuando pasamos por la basura vi que habían tirado mi plato, los cubiertos y el vaso del que había bebido. Los médicos no se atreven a tocarnos. El otro día unos militares entraron en la aldea, degollaron a una niña albina delante de sus padres y se bebieron su sangre para convertirse en

inmortales en el campo de batalla. No hay ninguna ley que nos proteja.

(Silencio.)

Déjeme pasar.

(Silencio.)

Todos ellos creen que soy el fruto de una maldición divina o el castigo por un adulterio. Sólo tengo unas monedas pero si quiere puedo ofrecerle algo más a cambio. Puedo darle mucho placer. ¿Ha estado alguna vez con una chica blanca? Mire, todo mi cuerpo parece como de mármol con pequitas... ¿No le gusta?

(Silencio.)

Cuando nací, a mi madre le dijeron que se lo merecía por haberse acostado con un blanco y que la había violado el fantasma de un europeo, por eso yo era también un fantasma. Mi padre quiso abandonarme al nacer para no ser la vergüenza de la familia pero mi madre me salvó. Creía que se podía arreglar y que no hacía falta abandonarme. Me colocaba diez y doce horas bajo el sol para que me pusiera morena. Ahora tengo cáncer y muchas partes de mi piel quemadas. Venga, seguro que necesita alguna parte de mi cuerpo.

(Silencio.)

¿Está casado?

(Silencio.)

Córteme un trozo de pelo y su mujer no le abandonará jamás. O mejor un dedo. Le doy el pulgar para

que todo le vaya bien y ahuyentar a los malos espíritus. O el índice o el que usted quiera. Elija. Déjeme un cuchillo, puedo trenzarle un trozo de cuero para que se lo cuelgue a cuello. ¿Quiere una oreja? Puedo ofrecerle protección eterna a usted y a los suyos ¿Un pie? Jamás se tendrá que preocupar por el dinero. Un poco de mi sangre y nadie podrá hacerle daño ni siquiera disparándole. ¿Mi lengua? Puedo quedarme callada, no me importa. Sólo con alguna parte de mi cuerpo usted podrá ser hasta presidente.

(Silencio.)

¿El brazo?

(Silencio.)

No, el brazo no puedo dárselo. Es el único que tengo. No lo perdí en ninguna guerra. Eran tres hombres. Entraron en la choza y empezaron a golpearlos a todos. Uno llevaba una botella de queroseno. Me agarraron entre los tres. Me inmovilizaron y empezaron a cortármelo a machetazos. Cuando acabaron salieron corriendo con mi brazo y gritaron a mi madre que me echara el queroseno en la herida hasta que cicatrizara y dejara de sangrar. ¿Y sabe por qué no quisieron matarme? Porque para que fuera realmente efectivo necesitaban que mis órganos fueran arrancados en vivo y que mis gritos y mi dolor potenciaran el conjuro. Por eso le dieron una botella de queroseno a mi madre, porque no querían matarme, muerta no les servía para nada.

(Silencio.)

“No nos eches la culpa, nos envían solo para cortarle el brazo a tu hija, no queremos matarla” le gritaron a mi madre antes de irse.

(Silencio.)

Déjeme pasar o me matarán. Se lo suplico. ¿Sí? ¿En serio? ¿Qué parte ha elegido? ¿Ninguna? No puede ser. Acepte al menos mi dedo meñique del pie como agradecimiento. Gracias, gracias, me ha salvado la vida. Sí, sí lo que usted me diga. Me quedaré aquí agachada hasta que se vayan.

(Oscuridad.)

SIETE

SÚPLICA GUARDIA EN PUESTO FRONTERIZO

Es un guardia fronterizo en su puesto de trabajo el que habla y nos dice:

La gente se inventa cosas increíbles para poder pasar. Se disfrazan, se meten en maletas, en tripas de animales, hacen túneles, se agarran a los bajos de un coche o incluso se pintan de colores.

(Silencio.)

¿Tienes dinero, blanquita?

(Silencio.)

Yo los huelo enseguida, huelo el miedo y el sudor cuando se ponen nerviosos. A veces hablan muy deprisa, les tiembla un poco el labio o miran hacia arriba, a la izquierda... son movimientos involuntarios que duran décimas de segundo pero estoy entrenado para no pasar por alto ninguno de estos detalles. El cuerpo no sabe mentir, la naturaleza nos protege de los mentirosos.

(Silencio.)

Estás sudando mucho ¿no? No tengas miedo, blanquita, no voy a hacerte daño. Si eres generosa conmigo yo también lo seré contigo. Sé que no llevas droga, sé que no tienes familia y probablemente sea cierto que te persiguen pero no puedo ayudarte.

(Silencio.)

No hago daño a nadie dejando pasar tabaco, gasolina o de vez en cuando alguna persona. Tengo una familia.

(Silencio.)

¿Seguro que no tienes dinero?

(Silencio.)

Quiero que mis hijos estudien y que no huyan como ratas metidos en cualquier cosa. La mayor cree que irá a la universidad después del verano pero tendrá que vender su cuerpo si quiere seguir con los estudios. Cada vez es más difícil decir que no al dinero.

(Silencio.)

¿Me darías el brazo que te queda, blanquita?

(Silencio.)

Estamos llamando la atención de los compañeros, blanquita.

“Joder, tío, parece la prima de Michael Jackson”

“¿Sabes bailar como él? Venga haz eso de andar para atrás”

“¿Te han lavado con lejía?”

Venga, dejadla en paz que ya se iba.

“Podías venirte un día con unas amigas y echamos un ajedrez o al menos hacemos el tablero”

“Necesitas que te dé un poco el sol”

“¿Sabes el chiste aquel de un niño albino que no quería comer?”

“Si te enseño yo algo... sí que te vas a quedar pálida de verdad”

Recojo y voy enseguida a comer. Guardadme el sitio, chicos.

(Silencio.)

Son buena gente, blanquita, pero es que por aquí no hay mucha diversión. No me mires con esa cara, ya veo que huyes de esos hombres vestidos de militares. No, no hace falta que me des un trozo de tu cuerpo. Te dejo pasar. Sé lo que quieren de ti. No quiero nada a cambio. Rápido, pasa y escóndete aquí un momento debajo de la ventanilla.

(A los hombres.) ¿Puedo ayudarles en algo?

No, no he visto a nadie y menos a nadie tan blanca como la leche.

(A la mujer.) Como sigas temblando nos van a descubrir.

(A los hombres.) No se preocupen, pondré el cartel con la recompensa: 10.000 dólares es mucho dinero.

(A la mujer.) Ya se han ido blanquita. No, no, no me des las gracias de esa forma, estoy casado. Levántate. Los cuerpos no pagan facturas. Cualquiera hubiera

hecho lo mismo en mi situación. Tengo una familia y soy humano. Cuando estás en mi posición decides entre el bien y el mal todos los días. Como un emperador romano que ejecuta o salva con sólo levantar el pulgar hacia arriba o hacia abajo. El hombre es malo por naturaleza. Necesitamos que nos eduquen para el bien. Esos militares no han sido educados, por eso se comportan como bestias. Yo no creo que haya un bien absoluto, depende de las circunstancias.

(Silencio.)

A veces es muy fácil hacer el bien pero cuando tú también arriesgas algo ya es más complicado. Además, blanquita, lo que es bueno para uno puede ser malo para otro. Yo ahora mismo estoy haciendo el bien para ti y estoy obrando mal para ellos. Nunca se puede obrar bien para todo el mundo. Tranquila, te prometo que jamás tendrás que huir de las mafias otra vez. No podemos ayudar a todo el mundo, en realidad no deberíamos ayudar a nadie para conservar el puesto de trabajo. Pero hay días en que te arriesgas por una buena causa y hacemos excepciones, como hoy, y nos saltamos la ley y ayudamos a alguien que lo necesita. Es una sensación increíble, como si estuvieras flotando de felicidad. Te sientes bien porque sabes que vas a ayudar a que una mujer tenga una vida mejor. Acércate, te acompaño a la salida. Ve delante, no tengas miedo. Esos hombres ya no pueden hacerte daño.

(Machetazo)

Un brazo. Mi tratamiento de diabetes.

(Machetazo)

Una mano. Mi hijo pequeño dejará de trabajar en la mina.

(Machetazo)

La piel y los huesos. Una casa con techo.

(Machetazo)

El corazón. Arroz para casi un año.

(Machetazo)

Los pulmones. Una fosa séptica.

(Machetazo)

Oreja, lengua y nariz. Libros.

(Machetazo)

Los ojos. Un pozo de agua.

(Machetazo)

Genitales. Un pequeño huerto.

(Machetazo)

Hígado. La operación de mi madre.

(Machetazo)

Riñón. Medicamentos para toda la familia

(Machetazo)

Sangre. El futuro de mi hija.

(Múltiples machetazos con más fuerza.)

OCHO
EPÍLOGO DEL AUTOR

En el ensayo del sociólogo polaco Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*, encontramos un concepto que puede ayudarnos a entender la relación del desarraigo de estos “suplicantes” con la modernidad: se trata de la noción de *residuo humano*. Sobre la noción de *residuo*, Baumann dice: la producción de residuos humanos (los *excedentes*, es decir, la población de aquellos que no se deseaba que fuesen reconocidos o que se les permitiese la permanencia) es una consecuencia inevitable de la modernización y una compañera inseparable de la modernidad. Es un ineludible efecto secundario de la *construcción del orden* y del *progreso económico*.

Desde los albores de la modernidad, cada generación sucesiva ha dejado sus naufragos abandonados en el vacío social: las *víctimas colaterales del progreso*. ¿Qué hacemos con todas estas personas que suplican por salvar sus vidas? ¿A quién debemos suplicarle hoy en día? Mientras muchos se las arreglan para subir al acelerado vehículo de la modernidad, otros se quedan *rezagados* y quedan aplastados bajo sus

ruedas... En un mundo globalizado, nos encontramos desorientados. Hemos perdido la referencia, clara en el original de Esquilo, de a quién lanzar nuestras súplicas desesperadas. Somos demasiada gente buscando nuestro lugar en el mundo.

De enero de 2012 en Fez a junio del mismo año en Madrid...



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA